

AVISO S



La voz de la parroquia

San Miguel Arcángel



1 Charlas Cuaresmales

Las predicará D. Jesús Silva Castignani, a las 19:30 h. en el Salón parroquial (después de la Misa de 19h), y los temas escogidos son:

- Jesucristo, sacerdote y víctima
- La obediencia del Hijo
- La Eucaristía. Sacramento de entrega y amor.

2 Semana Santa 2011

- Lunes 18, martes 19, miércoles 20: Charlas cuaresmales a las 19:30 h.
- Jueves Santo 21: -10:00 a 13:00 h. Confesiones. -19:00 h. Cena del Señor. -23:00 h. Hora Santa (el templo permanecerá abierto toda la noche)
- Viernes Santo 22: -17:00 h. Pasión del Señor. -20:00 h. Vía Crucis en el templo y a continuación la Procesión del Silencio con las imágenes de Cristo en la Cruz y la Virgen Dolorosa.
- Sábado Santo 23: -23:00 h. solemne Vigilia pascual.
- Domingo de Resurrección: No hay misa de 9 h.

De Intereses

¿Por qué confesar con un cura?

Por Monseñor Juan del Río Martín, arzobispo castrense de España

El olvido o la negación del pecado por parte del hombre moderno no significan que la realidad no exista, basta contemplar el panorama diario del mundo para percatarnos de que el pecado y el mal está ahí; hace estragos en el corazón de las personas y de los pueblos. Todo eso no es un invento de la Iglesia para tener atenorizada a la gente, como dicen algunos. Pero además, sucede que no podemos vivir sin la experiencia personal del perdón. Ya que sería renunciar a la paz y a la tranquilidad de la conciencia. Esta nos viene dada por la muerte y resurrección de Cristo, mediante la celebración del sacramento de la Penitencia según lo dispuesto por la Iglesia.

Surge una cuestión: ¿por qué hay que acudir a un sacerdote y decirles nuestros pecados? El penitente encuentra en el confesor, no al individuo particular, sino a un ministro de Cristo y de la comunidad. El Señor se ha revelado al hombre por medio de nuestra carne, ello demuestra que su gracia salvadora siempre nos llega a través de signos y lenguajes propios de nuestra condición humana. Nosotros tenemos necesidad de saber que Dios nos ha perdonado. Por eso requerimos de alguien que, revestido de la potestad de "perdonar y retener" que Cristo dio a sus discípulos (cf. Mt. 18,18; 16,17-19; Jn 20,19-23), nos dé la certeza interior de haber sido realmente perdonados y acogido por Dios. Solos, nunca sabríamos si lo que nos ha alcanzado es la gracia divina o la propia emoción.

La confesión no es un juicio de condena, sino la presencia del amor misericordioso de Dios, fuente de paz, alegría y

consuelo. De ahí, la necesidad de recurrir a ella con frecuencia, porque mientras caminemos en "este valle de lágrimas" siempre habrá errores y debilidades. Para ello, es necesario hacer con seriedad los pasos que marca la tradición católica: confesión, confesión, y satisfacción (cf. Catecismo, 1450-1460).

El reciente discurso de Benedicto XVI a la Penitencia-ría apostólica (25.3.2011), nos recuerda como el sacramento de la Reconciliación es "la escuela penitencial". Comienza con el examen de conciencia que tiene un valor pedagógico de enseñarnos a mirar a nuestro interior y confrontarlo con la verdad del Evangelio. Continuando con la experiencia de ser escuchado en profundidad; a la vez de saber aceptar las amonestaciones y consejos del confesor, que son importantes para proseguir el camino espiritual y para la sanación interior del penitente. También la confesión integra de los pecados educa al cristiano en la humildad, en el reconocimiento de su propia fragilidad, en la necesidad del perdón divino y en la confianza de que la Gracia transforma la vida. Por último, acoger la absolución con verdadero arrepentimiento de los pecados es un instante especial donde se experimenta el amor misericordioso de Dios, a la vez que es una incitación a la conversión continua.

Este milagro de amor que es el sacramento del Perdón, no puede ser suplido por ningún gabinete psicológico, porque la Confesión no es un simple desahogo, sino la necesidad vital de cicatrizar las heridas de los pecados mediante el reencuentro con Dios y con la Iglesia.

año XVI · número 853 · 17/4/2011

Domingo de Ramos

Hoy comienza nuestra Semana Santa. La semana en la que conmemoramos y hacemos presente la Pasión-Muerte-Resurrección del Señor. Todo comienza con una proclamación popular de la gloria del Señor. Pero no nos confundamos: Jesús, a lo largo de su vida pública, prohibió a sus discípulos que le aclamaran como Mesías. Aceptó, eso sí, que le reconocieran como Mesías, pero no permitió que ese reconocimiento saliera del ámbito íntimo de sus discípulos. Jesús temía, y no sin razón, que la gente no entendiera, o entendiera mal, el sentido de su mesianismo. Jesús, desde el primer momento de su vida pública, desde el episodio de las tentaciones del desierto, aceptó su mesianismo basado en la figura del Siervo de Yahvé del profeta Isaías (cap. 53). Mesías sumiso a la voluntad de su Padre. Mesías Siervo "que tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores y nosotros le tuvimos por castigado por Dios y humillado... tras pasado por nuestras iniquidades y mojado por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados".

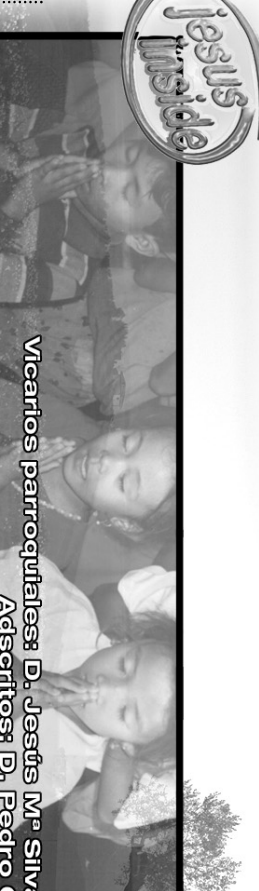
En contraposición con este Mesías Siervo de Yahvé, la mayoría del pueblo judío, entonces y aun hoy en día, esperaba (y espera) la venida del Mesías Restaurador de la grandeza de Israel. Un Mesías libertador, dominador, triunfador, que pondrá a todos los pueblos bajo el dominio del pueblo de Israel. Por esta razón Jesús no quiso que el pueblo de Israel le reconociera, en vida, como Mesías. Porque Jesús no era el Mesías de sus expectativas. No era el Mesías "ganador", sino más bien el Mesías aparentemente "perdedor". ¿Quién, en su sano juicio, iba a subirse al carro de este "perdedor"? Y Jesús no quería confundir a su pueblo. Yo soy el Mesías, sí, pero no ese Mesías que vosotros esperáis. "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sigame" (Mateo 16, 24). Solamente, llegado ya el momento de su inminente Pasión, en su última "subida" a Jerusalén, Jesús decide presentarse como Mesías, utilizando el protocolo previsto por el profeta Zacarías: "Alegrate con alegría grande, hija de Sión. Salta de júbilo, hija de Jerusalén. Mira que viene a ti tu rey, justo y salvador, humilde, montado en un asno, en un pollino hijo de asna" (Zacarías 9, 9). Que nadie se equivoque. Un Mesías triunfador, líder político, no haría el "ridículo" de efectuar su entrada triunfal montado en un burro. Jesús se presenta como el rey humilde de Zacarías. En otras palabras: incluso cuando acepta que la gente lo aclame como Mesías, Jesús utiliza la figura del

Jesucristo es Señor

Mesías humilde, del Siervo de Yahvé. Y la muchedumbre utiliza y adapta el texto del Salmo 118, 25-26: "Hosanna (Da la salvación, Ave, Salve)". "Hosanna al Hijo de David (el Mesías sería "hijo de David"), Bendito el que viene en nombre del Señor". De esta manera, humilde, aunque triunfante, Jesús realiza su última subida a Jerusalén. Dentro de unos pocos días, Jesús ya no oír a la muchedumbre gritando el "Hosanna". Este Hosanna se convertirá en "Crucifícale", quizá por los mismos que unos días antes le aclamaban....

CRISTO
ES DIOS
HUMILDE,
OBEDIENTE,
"PERDEDOR",
UN "DON
NADIE",
CARNE DE
CRUZ...

Estando San Pablo en prisión en Roma, en el año 62, escribió varias cartas, entre las que se encuentra la que envió a sus queridos amigos fieles de Filipos, ciudad de Macedonia, la primera ciudad europea que Pablo evangelizó en su segundo viaje. Exhortando a los filipenses a llevar una vida digna del creyente, se lanza a resaltar el misterio del ser y de la vida de Cristo: "Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y, en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filipenses 2, 5-8). En este texto, Pablo nos muestra el resultado de su reflexión sobre el ser de Cristo: Dios que se hace hombre. Y no un hombre cualquiera, sino un hombre que acepta que se le cuente entre los malhechores, de manera que se le condene a esa pena de muerte en la cruz. Obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Cristo es Dios humilde, obediente, "perdedor", un "dom nadie", carne de cruz... ¿Podrá ser el discípulo más que el Maestro? De todas formas, por mucha humillación que acepte el hombre, nunca podrá, ni por asomo, aproximarse a la humillación de Cristo, Dios que se hace hombre. Esta es la razón fundamental del ser del cristiano, si quiere tener "los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús". Pero para Pablo aquí no acaba todo, ni mucho menos. Al Cristo humilde, obediente hasta la muerte de cruz "Dios lo levantó sobre todo... de modo que... toda lengua proclame: ¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre". La Resurrección ("Dios lo levantó") consagra a Cristo como Señor, por obra del Padre y para gloria del Padre. El Padre también nos levantará a nosotros, haciéndonos participar del Señorío de Cristo, en la medida que también hayamos participado en nuestra vida en su humillación y obediencia a la voluntad del Padre. No hay atajo, como tampoco lo hubo para Cristo. Este es el camino. No hay otro.



Vicarios parroquiales: D. Jesús M^o Silva Castignani y D. Ramón Díaz Guardamino; Adscritos: D. Pedro Gil Garbisu y D. Mariano Vázquez Palencia.

Of. Órbita de Vocación, 5
23220 Las Rozas (Madrid)
Teléfono: 91 637 75 84
sanmiguelrozas@gmail.com
www.arenhmadrid.es/sanmiguelrozas

Párroco: D. Jesús González Alemany;
Párroco: D. Ramón Díaz Guardamino;
Párroco: D. Pedro Gil Garbisu y D. Mariano Vázquez Palencia.



Palabra de Dios



Evangeli
Lectura del santo Evangelio según San Mateo. 21, 1-11.

Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betagé, junto al monte de los Olivos, Jesús mandó dos discípulos, diciéndoles: -Id a la aldea de enfrente, encontrareis en seguida una borrica atada con su pollino, desatadlos y traédme los. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto.

Esto ocurrió para que se cumpliera lo que dijo el profeta: «Decid a la hija de Sión: Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila».

Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos y Jesús se montó. La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árboles y alombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás gritaba: -¡Viva el Hijo de David! -¡Bendito el que viene en nombre del Señor! -¡Viva el Altísimo!

Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba alborotada: -¿Quién es éste?
La gente que venía con él decía: -Es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea.

Palabra del Señor

Primera lectura

Lectura del libro de Isaias.
50, 4-7.

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abate una palabra de alien-to.

Cada mañana me espabilla el oído, para que escuche como los iniciados.

El Señor me abrió el oído. Y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salvazos.

El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pederal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Palabra de Dios

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses. 2, 6-11.

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios;

al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Palabra de Dios

Salmo responsorial. *Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24.* DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?

Evangeli

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo 27, 11-54.

El Triduo pascual

Audiencia General, Miércoles 31 de marzo de 2010

Queridos hermanos y hermanas: vamos a vivir los días santos que nos invitan a meditar los acontecimientos centrales de nuestra redención, el núcleo esencial de nuestra fe. Comienza el Triduo pascual, fulcro de todo el año litúrgico, en el cual estamos llamados al silencio y a la oración para contemplar el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

En las homilias, los Padres a menudo hacen referencia a estos días que, como explica san Atanasio en una de sus *Cartas pascuales*, nos introducen "en el tiempo que nos da a conocer un nuevo inicio, el día de la santa Pascua, en la que el Señor se inmoltó" (*Carta 5, 1-2: pg 26, 1379*).

Os exhorto, por tanto, a vivir intensamente estos días, a fin de que orienten decididamente la vida de cada uno a la adhesión generosa y convencida a Cristo, muerto y resucitado por nosotros. [...]

El Jueves santo por la tarde celebraremos el momento de la institución de la Eucaristía. El apóstol san Pablo, escribiendo a los Corintios, confirmaba a los primeros cristianos en la verdad del misterio eucarístico, comunicándoles "el mismo lo que había aprendido: "El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros; haced esto en memoria mía". Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: "Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre. Haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía" (1 Co 11, 23-25). Estas palabras manifiestan con claridad la intención de Cristo: bajo las especies del pan y del vino, él se hace presente de modo real con su cuerpo entregado y con su sangre derramada como sacrificio de la Nueva Alianza. Al mismo tiempo, constituye a los Apóstoles y a sus sucesores ministros de este sacramento, que entrega a su Iglesia como prueba suprema de su amor. Además, con un rito sugestivo, recordaremos el gesto de Jesús

que lava los pies a los Apóstoles (cf. Jn 13, 1-25). Este acto se convierte para el evangelista en la representación de toda la vida de Jesús y revela su amor hasta el extremo, un amor infinito, capaz de habilitar al hombre para la comunión con Dios y hacerlo libre. Al final de la liturgia del Jueves santo, la Iglesia reserva el Santísimo Sacramento en un lugar adecuadamente preparado, que representa la soledad de Getsemani y la angustia mortal de Jesús. Ante la Eucaristía, los fieles contemplan a Jesús en la hora de su soledad y rezan para que cesen todas las soledades del mundo. Este camino litúrgico es, asimismo, una invitación a buscar el encuentro íntimo con el Señor en la oración, arrecocer a Jesús entre los que están solos, a velar con él y a saberlo proclamar luz de la propia vida.

El Viernes santo haremos memoria de la pasión y de la muerte del Señor. Jesús quiso ofrecer su vida como sacrificio para el perdón de los pecados de la humanidad, eligiendo para ese fin la muerte más cruel y humillante: la crucifixión. Existe una conexión inseparable entre la última Cena y la muerte de Jesús. En la primera, Jesús entrega su Cuerpo y su Sangre, o sea, su existencia terrena, se entrega a sí mismo, anticipando su muerte y transformándola en acto de amor. Así, la muerte que, por naturaleza, es el fin, la destrucción de toda relación, queda transformada por él en acto

Texto de la semana



de comunicación de sí, instrumento de salvación y proclamación de la victoria del amor. De ese modo, Jesús se convierte en la clave para comprender la última Cena que es anticipación de la transformación de la muerte violenta en sacrificio voluntario, en acto de amor que redime y salva al mundo.

El Sábado santo se caracteriza por un gran silencio. Las Iglesias están desnudas y no se celebran liturgias particulares. En este tiempo de espera y de esperanza, los creyentes son invitados a la oración, a la reflexión, a la conversión, también a través del sacramento de la reconciliación, para poder participar, íntimamente renovados, en la celebración de la Pascua.

En la noche del Sábado santo, durante la solemne Vigilia pascual, "madre de todas las vigilias", ese silencio se rompe con el canto del Aleluya, que anuncia la resurrección de Cristo y proclama la victoria de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte. La Iglesia gozará en el encuentro con su Señor, entrando en el día de la Pascua que el Señor inaugura al resucitar de entre los muertos.

Queridos hermanos y hermanas, dispongámonos a vivir intensamente este Triduo sacro ya inminente, para estar cada vez más profundamente insertados en el misterio de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. Que nos acompañe en este itinerario espiritual la Virgen santísima. Que ella, que siguió a Jesús en su pasión y estuvo presente al pie de la cruz, nos introduzca en el misterio pascual, para que experimentemos la alegría y la paz de Cristo resucitado.

Con estos sentimientos, desde ahora os deseo de corazón una santa Pascua a todos, felicitación que extiendo a vuestras comunidades y a todos vuestros queridos.

Benedictus PP XVI